

Leonor Orozco y Alonso Guerrero Galván (coords.). *Estudios de variación geolingüística*. Secretaría de Cultura-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2017; 613 pp.

STEFANY OLIVAR ESPINOSA  
El Colegio de México  
stefany\_olivar@hotmail.com

Se trata de un libro que recopila una serie de colaboraciones en que se revalora la investigación lingüística que goza del apoyo interdisciplinar y metodológico de áreas como la dialectología, la sociolingüística, la etnología y la antropología, por mencionar algunas. Si bien es un texto bastante amplio con 613 páginas en total, no representa de manera fiel y en términos numéricos la cantidad de datos y fenómenos lingüísticos revisados y analizados, si se considera tanto los hechos propiamente lingüísticos, como los históricos, sociales y culturales que intervienen en cada comunidad con que se trabajó.

La organización de la obra consta, además de un “Prefacio” que ofrecen los coordinadores, de cinco secciones, a saber: “Aspectos sociolingüísticos en el estudio de la variación geolingüística”, “Variación y entonación”, “Variación fónica”, “Variables léxicas y morfosintácticas en el establecimiento de áreas dialectales” y “Variación Léxica y morfosintáctica”. Hay que señalar que cada sección agrupa entre cuatro y seis contribuciones, cada una de las cuales trata su asunto de manera particular según las posturas y conveniencias de sus autores, así como la disponibilidad de datos para corroborar u ofrecer explicaciones de los fenómenos lingüísticos.

La primera sección está conformada por cuatro capítulos, cuyos autores muestran una atención especial a los procesos de migración en términos históricos y actuales, ya que representa uno de los fenómenos primordiales en el surgimiento de la variación en las lenguas.

Las personas que migran llevan consigo la o las lenguas que hablan y sus identidades culturales, por lo que al momento de arribar al sitio de migración y tener que sumergirse en contextos de lengua que pueden ser idénticos al suyo, parecidos o muy distintos –como lo plantea Luis Ortiz con los migrantes haitianos que se conducen a República Dominicana–, se vuelve evidente la descolocación que sufren como individuos y como grupo en términos lingüísticos, culturales, de organización social y económica. Esto lleva muchas de las veces a los migrantes a una aculturación o asimilación específica en aquellos dominios sociales en que es requerida, tal como lo propone Claudia Parodi para las distintas generaciones de migrantes mexicanos en Los Ángeles, California, territorio

donde, pese a la situación de diglosia flexible que hay entre el inglés y el español, parece ser que las generaciones más jóvenes ceden más y más espacios de uso a la lengua mayoritaria por sobre la lengua de origen heredada –en este caso, el español.

Por su parte, Miroslava Cruz Aldrete y Julio Serrano nos dan a conocer un poco sobre el contacto lingüístico en la comunidad de sordomudos en México y el desarrollo de la Lengua de Señas Mexicana (LSM), producto de las migraciones no sólo de los primeros instructores americanos o franceses que llegan al país, sino de sus hablantes actuales. Muestra de ello se tiene en la reagrupación de las tres ciudades consideradas para el estudio en solo dos grupos –Ciudad de México y Guadalajara frente a Tijuana– por la interferencia o no de la Lengua de Señas Americana (ASL) en cada dialecto tratado. Al mismo tiempo, los dos autores muestran que se trata de una comunidad de habla que, a diferencia quizá de lo que sucede en el contexto haitiano-dominicano, prefiere buscar todo el tiempo una acomodación lingüística que le permita la convivencia y la postulación de una estandarización de su lengua, en lugar de un uso lingüístico que los atenga a la desigualdad y al conflicto.

Ahora bien, es el texto de Manuel Díaz Campos y Jason Killam el único estudio en el libro que nos ofrece un acercamiento al reconocimiento de la variación no sólo apoyándose en la producción de habla, sino en su comprensión. El experimento perceptual con colaboradores españoles, peruanos y venezolanos que nos ofrece señala la indización que como oyentes somos capaces de realizar respecto a las características individuales de los hablantes –sexo, edad, etcétera– o a su pertenencia a cierta comunidad lingüística –identificación de dialectos como el argentino, el chileno, el colombiano, el mexicano, el costarricense, el español y el peruano.

En el segundo apartado de esta obra, se conjuntan seis colaboraciones sobre la descripción y comparación de los valores prosódicos que resultan pertinentes para la delimitación geolingüística del habla de países como México o Colombia. Son justamente los autores Pedro Martín Butragueño y Yolanda Congosto que, siguiendo la línea temática sobre migración del apartado anterior, introducen esta sección con la revisión de datos prosódicos de inmigrantes procedentes de distintas entidades mexicanas y de migrantes mexicanos en Los Ángeles, California, respectivamente. Ambos apuestan no sólo por corroborar y comparar los rasgos prosódicos que se han descrito para variedades como la de la Ciudad de México y los que son producto del contacto lingüístico, sino además, como lo hace Martín Butragueño mediante juicios lingüísticos, dar cuenta de la capacidad de adaptación, neutralización o mantenimiento de los rasgos prosódicos en el habla de estos migrantes. Establecen, en fin, una correlación de éstos con variables sociales.

Erika Mendoza nos otorga una descripción de los patrones prosódicos utilizados en los enunciados declarativos de foco amplio del español de Cuapiaxtla, Tlaxcala, que, al confrontar los rasgos encontrados ya para la Ciudad de México y Puebla, sirve para proponer una delimitación interdialectal de las variedades del español central mexicano. De igual manera, el trabajo de Carlos Ivanhoe Gil –parte de la crítica de que pese a que la entonación es un valor dialectal fácilmente advertido, ha tenido un tratamiento pobre en términos geolingüísticos–, contribuye a reconocer qué configuraciones tonales y rasgos prosódicos son viables para realizar una proyección geográfica de las zonas

dialectales en el país. Sus resultados unen las cinco ciudades tratadas en su estudio en solo tres grupos: La Paz y Monterrey, Guadalajara –como punto medio– y Tuxtla Gutiérrez, junto a la Ciudad de México.

Hacia la parte final de esta sección, Eva Velázquez y Leonor Orozco nos brindan una valiosa revisión de la caracterización de los enunciados interrogativos transaccionales e interaccionales (*vid.* Escandell-Vidal 1996), así como de los elementos sobre cortesía que prevalecen en su realización y cómo esto, junto a las configuraciones prosódicas de los enunciados, se ve reflejado en las diferencias dialectales tanto del español colombiano como del mexicano. Sin embargo, aunque se logra una división dialectal en dos grupos del habla de Colombia –Bogotá y Cali, oponiéndose a Medellín y Cartagena–, Eva Velázquez concluye que los rasgos de cortesía expuestos tanto gramatical como prosódicamente son más valiosos para los hablantes colombianos por encima del mantenimiento de una diferenciación dialectal marcada también por la prosodia en sus enunciados. Por su parte, Orozco contrasta los rasgos prosódicos descritos para interrogativas de petición –de acción, de información e invitaciones– en el habla de Guadalajara, Monterrey y Tuxtla con los de la Ciudad de México. Encuentra que, mientras las configuraciones de peticiones de información acercan a estas últimas ciudades, como ya lo planteaba Carlos Ivanhoe Gil en este volumen, se ven diferenciadas respecto a lo que sucede en las peticiones de acción. En cuanto a las invitaciones, no se prevé un comportamiento particular, pues todas las ciudades se asemejan.

La tercera sección del libro cuenta exactamente con tres colaboraciones dedicadas a la variación fónica de tres lenguas indígenas mexicanas distribuidas en el norte, centro y sur del país. De estas lenguas se dice que la delimitación geográfica en áreas de uso es una tarea ardua y aún en proceso de revisión por la complejidad de factores, entre ellos el desarrollo histórico de cada una de ellas y su convivencia con otras variantes o lenguas cercanas.

Es con el texto de Leopoldo Valiñas que da inicio esta sección, una colaboración en torno a la lengua tarahumara, de la cual, dice el autor, no se tiene trabajo dialectológico en específico. De forma semejante a la propuesta de la Coordinación Estatal de la Tarahumara (CET), Valiñas defiende la existencia de cinco áreas dialectales –oeste, norte, centro, cumbre y sur–, basándose en once isoglosas fonológicas, de las cuales sólo la presencia o ausencia de [g] o [k] y la presencia de [i] o [e] en sílaba sin acento parecen sostener esta división geolingüística, al tener una fuerte interrelación. Luego, explica que la distribución de la variación fónica no es azarosa e impredecible ni en el tarahumara ni en otra lengua.

Por otro lado, Alonso Guerrero y Rafael Alarcón estudian la lengua otomí y hacen una revisión de la dialectología propuesta por diversos autores según la estructura de la lengua, grado de inteligibilidad, etcétera. Al final, de las variantes del otomí estudiadas por los dos autores se reconocen tres zonas –Valle del Mezquital, Estado de México y Querétaro, y Sierra Madre Oriental–, de las que se parte para hacer el reconocimiento y oposición de la estructura segmental –principalmente la consonántica–, de la formación de palabras –mono y bisilábicas– y del acento y tono, por ser rasgos importantes para la organización geográfica y lingüística de la lengua.

Por último, está el trabajo de Francisco Arellanes, Mario Chávez, Adela Covarrubias, Mario Hernández, Miriam Manzano, Sofía Morales, Rosa María Rojas, Carlos Wagner y

Victoria Zarate. Se discute sobre la dialectología del zapoteco del Valle Occidental mediante la comparación sincrónica y diacrónica de las posibles realizaciones de la vocal /i/ y se postula para ello cadenas evolutivas que muestran el desarrollo que ha tenido esta vocal al interior de cada variante estudiada y que, a su vez, permiten vislumbrar en una escala de continuidad cómo se encuentran distribuidas las realizaciones de /i/ en un estadio actual.

La cuarta y penúltima sección se integra de cuatro artículos en que se analiza el establecimiento de áreas dialectales de las lenguas indígenas mexicanas otomí, purépecha, tzeltal y huasteco, considerando primordialmente aspectos léxicos y morfosintácticos. Yolanda Lastra da comienzo con una presentación sucinta, pero enriquecedora, de dos variantes del otomí, la de San Andrés Cuexcontitlán en Toluca y la de San Juan Bautista Ixtenco en Tlaxcala. Explica no sólo los elementos fonológicos de ambas lenguas, sino que contrasta la organización y los usos de la frase nominal y verbal –donde se halla más diferenciación y material léxico–, por mencionar algunos. Al final, la autora reflexiona sobre la preferencia del uso del español como lengua funcional en los intercambios, como consecuencia del grado de ininteligibilidad entre estas dos variedades de otomí.

Un texto más centrado en los aspectos sintácticos para la división geográfica de un territorio basada en la lengua, es el de Claudine Chamoreau, cuya contribución apuesta por una dialectología que se funde con la tipología de lenguas y la consideración del cambio lingüístico, ya que las variables sintácticas –a saber, la variación dentro de la frase nominal y la participación del artículo indefinido *ma* en purépecha– resultarían de mayor precisión al momento de establecer áreas lingüísticas.

Las dos últimas contribuciones de este apartado atienden el desarrollo de una metodología que cuenta con herramientas pertinentes para la delimitación de zonas dialectales. Por un lado, Gilles Polian y Jean-Leó Léonard presentan la propuesta de análisis cuantitativo de variables léxicas, fonológicas y sintácticas establecidas diastémicamente para la designación de áreas dialectales dentro del marco del proyecto *Atlas Lingüístico del Tzeltal Occidental* (ALTO). Entonces, como resultado, se obtiene un índice de similitud dialectal de las variables lingüísticas entre las comunidades consideradas y los criterios funcionales de rendimiento y transparencia estructural para su ponderación. Por otro lado, Lucero Meléndez ofrece una propuesta para el trabajo dialectal con la lengua huasteca o *teenek* a partir de isoglosas morfológicas del sistema de persona –pronombres personales e interrogativos, clíticos posesivos y absolutivos, y marcación de persona en el verbo– y del concepto de *comunalecto*, su principal unidad de análisis, la cual le permite plantear un *continuum* dialectal donde, en efecto, se trabaje con áreas distintas que arrojen variación geolingüística.

Para finalizar este libro, los coordinadores formaron la quinta sección de cuatro investigaciones que atañen a la variación pronominal y los usos léxicos en el español, como un efecto del contacto dialectal y entre lenguas a las que están expuestos los hablantes. Nadiezdha Torres, quien trabaja con bilingües tepehuanos del sureste y español, hace una revisión minuciosa de los antecedentes tanto de situaciones de contacto entre lenguas amerindias y el español como de la teoría del bilingüismo y sus consecuencias, para explicarnos cómo es que lenguas distintas tipológicamente, como el español y

el tepehuano, pueden converger en la resolución de un sistema pronominal átono de tercera persona que favorece la simplificación del paradigma en español hacia el loísmo para marcar objeto directo sin que importe mantener la distinción de género y número.

Otra de las autoras que explora la variación en el uso de pronombres es Dinorah Pesqueira, pero que lo hace midiendo las actitudes y creencias que los inmigrantes porteños (argentinos) en la Ciudad de México tienen acerca de la sustitución del uso de *vos* por *tú*. Esto lo obtuvo mediante una prueba basada en un índice sobre el apego que estos migrantes procuran al nuevo dialecto con el que están en contacto. De ser alto, los conduce a la acomodación lingüística y a la reformulación de identidad como un medio para acercarse al otro.

Por su parte, Eduardo Rivera nos deja ver que el habla cibernética posee elementos que están a caballo entre la oralidad y la escritura y que el contacto dialectal que se efectúa dentro de los cibermedios, como son los foros de discusión, rompen con la necesidad de un espacio geográfico tangible del cual dependa dicha interacción continua entre los participantes del acto comunicativo. Sin embargo, el ciberespacio permite, gracias al anonimato que ofrece y a la motivación pragmática de conocer al otro, la acomodación léxica, en este caso entre hablantes argentinos y mexicanos, por medio de la adopción primaria de palabras que presentan una fuerte carga cultural y de las cuales ha de aprehenderse su uso adecuado para los diferentes contextos en que es posible que aparezcan.

En el último texto de esta obra, Raúl Arístides nos acerca a una publicación donde se vuelve la cara a ocho formas léxicas de origen indígena –*caguama*, *caimito*, *lebisa*, *guineo*, *xich'*, *tulix*, *canalete* y *chipote*– en el habla regional de Quintana Roo, que sirven para proponer una geografía lingüística que no sólo exponga las diferencias dialectales, sino la variación en los ejes diastráticos y diafásicos. El autor registra la variación léxica, semántica y fonética de estas palabras, las causas que las mantienen en el uso normativo pese a su procedencia de sustrato y la distribución asimétrica que mantienen en los sociolectos como prueba fehaciente de que los sistemas lingüísticos se construyen también sobre la variación que pueden poseer.

Sin duda, la valía de *Estudios de variación geolingüística* está en el reconocimiento de la metodología y los modelos de análisis pertinentes para tratar los fenómenos de variación en las lenguas, pues no basta con reconocer que hay múltiples realizaciones de una variable lingüística, sino que hay que explicar cuáles son los porqué, los cómo y los dónde en términos lingüísticos y socioculturales de esa diferenciación en el habla, tal como pretende hacerlo esta colaboración.

## BIBLIOGRAFÍA

ESCANDELL VIDAL, María Victoria. 1996. *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Ariel.